

que aumenta con la confianza, la adhesión al general y el amor á la patria. Inspiran la confianza el armamento, la organización, las victorias recientes y la fama del general: el amor á la patria lo da la naturaleza y el general se atrae el cariño de los soldados por su valor y pericia, mejor que por cualquier clase de beneficios. Puede haber muchas razones que fuercen á combatir con encarnizamiento, pero ninguna tan poderosa como la que os obligue á vencer ó morir.

LIBRO QUINTO

SUMARIO

Cómo ha de caminar un ejército en país enemigo.—Procedimiento de los romanos.—Modo de ordenarse según eran atacados por el frente, por la retaguardia ó por los flancos.—Método de los romanos digno de imitación en la actualidad.—Ejército cuadrado.—Su descripción conforme al diseño del autor.—La caballería ha de ponerse, ó á retaguardia, ó en los flancos.—Los furgones y los desarmados en la plaza ó espacio interior del cuadrado.—Manera de defenderse de un ataque tumultuoso.—Gastadores y azadoneros para abrir camino al ejército.—Este puede caminar por vía abierta de diez á veinte millas diarias.—Cómo se prepara la batalla cuando ataca una fuerza organizada de frente.—Manera de proceder si el ataque es por retaguardia, por el flanco izquierdo ó por el derecho, ó por ambos ó más lados.—Ejercicios para acostumar á los soldados á organizarse en la formación cuadrada.—Ordenes militares con toques de trompeta ó con la voz.—Soldados que trabajan como gastadores y explanadores.—Manera de proveerse de viveres los ejércitos antiguos.—En qué se debe imitar.—Presas y contribuciones.—Procedimiento laudable de los romanos en este punto.—Emboscadas.—Se cae en ellas de dos modos.—Cómo se evitan.—Necesidad del mapa geográfico del país enemigo.—Conocimiento del terreno.—Cómo se consigue.—Exploradores y guías.—Varias advertencias para caminar por tierra enemiga.—Modo de detener al enemigo que os alcanza al pasar un río.—Estratagemas del cartaginés Hannón, del espartano Nabis, del romano Q. Lutacio y de César contra Vercingétorix.—Regla para conocer los vados.—Qué debe hacerse cuando el ejército es atacado encontrándose entre dos montañas.—Ejemplo de L. Minucio en Liguria.—Estratagema de Marco Antonio contra los parthos.

Fabricio.—Os he demostrado cómo se ordena un ejército para dar batalla á otro puesto á su frente, explicado cómo se gana, y también muchos detalles acerca de los varios accidentes que pueden ocurrir durante esta

operación. Hora es ya de enseñaros á disponer un ejército contra un enemigo que no se ve, pero cuyo ataque continuamente se teme. Sucede esto cuando se camina por país enemigo y sospechoso.

Sabed primero que ordinariamente el ejército romano llevaba delante algunas tropas de caballería para explorar el camino; después seguía el ala derecha, y tras de ella todos los carros que le pertenecían. En seguida caminaba una legión con sus carros detrás, después otra con sus carruajes, y á continuación el ala izquierda con sus correspondientes furgones. El resto de la caballería cerraba la marcha. Tal era, por regla general, el orden de marcha. Si durante el camino atacaba el enemigo de frente, ó por retaguardia, retiraban rápidamente los bagajes á la izquierda ó la derecha, ó se ponían en el centro, según lo que permitía la naturaleza del terreno, y todos los soldados, libres de impedimenta, hacían cara al enemigo por la parte donde atacase. Si el ataque era de flanco, ponían los equipajes en el lado seguro, y en el opuesto hacían frente al contrario. Este orden de marcha es bueno, y prudentemente seguido, lo creo digno de imitación. Enviaré delante la caballería ligera para explorar el país, siguiéndola cuatro brigadas con sus respectivos furgones detrás de cada una de ellas; y como los carros son de dos clases, unos cargados con los efectos de los soldados, y otros con lo perteneciente á la totalidad del ejército, dividiré éstos en cuatro grupos, repartiéndolos entre las cuatro brigadas. Igual división haría en la artillería y en los desarmados, para que cada fuerza armada tuviese su respectiva impedimenta.

Sucede á veces que se camina por país no sólo sospechoso, sino tan enemigo, que á cada momento teméis ser atacado. En tales casos hay que variar el orden de marcha para ir seguro, de suerte que, prevenidos por

todos lados, ni los paisanos ni el ejército enemigo puedan ofenderos. Acostumbraban en tales casos los generales en la antigüedad á formar el ejército en cuadro ó cuadrado, pues así llamaban esta formación, no porque fuera completamente cuadrada, sino por poder combatir por los cuatro lados. Así estaban dispuestos lo mismo á la marcha que al combate. Conforme á este modelo ordenaré las dos brigadas que me sirven de regla para la formación de un ejército. Queriendo marchar con seguridad por país enemigo y hacer frente por todos lados si de improviso me ataca el enemigo, para formar mis tropas en cuadro, procuraré que el espacio interior de éste tenga de largo por lado doscientos doce brazos; al efecto, apartare un flanco del otro la citada distancia, poniendo en cada uno de ellos cinco batallones en fila y separados uno de otro tres brazos, de modo que ocuparán cuarenta brazos por batallón, ó sean doscientos doce en toda la línea. Los otros diez batallones los pondré cinco al frente y cinco á retaguardia entre los flancos, del modo siguiente: cuatro batallones al lado de la cabeza del flanco derecho, y otros cuatro al lado de la cola del flanco izquierdo, dejando entre ellos intervalos de tres brazos; colocaré en seguida un batallón junto á la cabeza del flanco izquierdo, y otro al lado de la cola del flanco derecho.

Ahora bien: como el intervalo que media entre los flancos es de doscientos doce brazos y estos batallones que se les ponen al lado á lo ancho, y no á lo largo, ocupan con sus intervalos ciento treinta y cuatro brazos, quedará entre los cuatro batallones puestos al frente junto al flanco derecho y el colocado, también al frente, junto al izquierdo, un espacio de setenta y ocho brazos, igual al que mediará entre los batallones colocados á retaguardia, con la diferencia de que, en esta parte, el intervalo será hacia el ala derecha, y en el

frente hacia la izquierda. En el espacio de los setenta y ocho brazos del frente pondré todos los vélites ordinarios, y en el de la retaguardia los extraordinarios, siendo mil en cada intervalo. Para que el espacio en el interior del cuadro tenga por lado doscientos doce brazos, es indispensable que no ocupen parte de la línea de los flancos los cinco batallones puestos al frente y los cinco colocados á retaguardia, para lo cual conviene que los de retaguardia alinien por su frente con la última fila de los flancos, y los de delante alinien su última fila con la primera de los flancos. Así quedará en cada una de las esquinas del cuadro un ángulo entrante, donde pueda ser colocado otro batallón. En estos cuatro ángulos pondré cuatro banderas ó batallones de picas extraordinarias, y los dos batallones que me restan de este arma los colocaré en el centro, formando un batallón cuadrado á cuyo frente estaría el general con sus soldados escogidos.

Como los batallones así formados marchan todos en la misma dirección, pero no pueden todos combatir del mismo lado, preciso es disponer para el combate los puntos que quedan descubiertos. Así los cinco batallones de la cabeza del ejército, resguardados por todos lados, menos la primera fila, tendrán la formación ordinaria con las picas al frente: los cinco de detrás van también resguardados menos su última fila, la cual debe ser de picas, como oportunamente demostramos; y como los cinco batallones del flanco derecho van resguardados, á excepción de su derecha, y los del izquierdo lo mismo, á excepción de su izquierda, al formarlos se procurará que las picas queden en primera fila por la parte que resulta al descubierto. Al referir cómo han de formar en batalla los batallones, he dicho dónde deben ponerse los decuriones para que, en el momento del combate, todos los cuerpos del ejército y las par-

tes de ellos se encuentren en su sitio de costumbre.

Dividiré la artillería situando una parte en el flanco derecho y otra en el izquierdo. La caballería ligera irá delante para explorar el terreno. Pondré los hombres de armas detrás del cuadro, parte en el extremo derecho y parte en el izquierdo, á cuarenta brazos de los batallones. Por regla general, de cualquier manera que se ordene un ejército, la caballería debe ponerse á retaguardia ó á los flancos. Para situarla delante del frente del ejército, es preciso una de dos cosas: ó ponerla á tanta distancia que, si es rechazada, tenga tras de sí espacio bastante para replegarse, sin atropellar vuestra infantería, ó formar ésta con tantos intervalos que los caballos puedan entrar por ellos sin desordenarla. Este precepto no debe considerarse de escasa importancia, pues, por no observarlo, muchos generales han sido batidos, desordenando el ejército su propia caballería. Los carros y los desarmados irán en el espacio interior del cuadro, repartidos de modo que dejen fácil paso á los que vayan de uno á otro flanco, y de la cabeza á la cola.

Los batallones así formados ocupan, sin la artillería ni la caballería, por el exterior de los lados un espacio de doscientos ochenta y dos brazos. Como el cuadro lo forman dos brigadas, conviene determinar el lado en que ha de estar cada una. Recordaréis que á cada brigada se la nombra por el número que tiene, como también que la forman diez batallones y la manda un general. La primera brigada tendrá, pues, al frente del ejército cinco batallones, y los otros cinco en el flanco izquierdo, situándose el general en el ángulo izquierdo del frente. La segunda brigada formará con sus primeros cinco batallones el flanco derecho, y con los otros cinco la cola del cuadro, situándose el general en el ángulo derecho de ésta y haciendo de *tergiductor*.

abertura que dejan se retiran todos los furgones y los desarmados, colocándose á retaguardia. Quedando vacío el interior del cuadro y cada cual en su puesto, los cinco batallones que puse á la espalda avanzan hacia el frente en el espacio que dejan entre sí los flancos. Tres de estos batallones se aproximan hasta cuarenta brazos y conservan entre sí intervalos iguales, y los otros dos quedan detrás, alejados igualmente de aquéllos cuarenta brazos. Esta formación puede hacerse en un instante, y es casi igual al primer orden de batalla que hemos explicado, porque si el frente es menos extenso, los flancos son más fuertes, lo cual no es menor ventaja. Como los cinco batallones que estaban á la cola tienen sus picas en las últimas filas, por el motivo que antes he explicado, es necesario ponerlas en las primeras á fin de que apoyen el frente del ejército, y para ello conviene, ó que se vuelva cada batallón como un cuerpo sólido, ó que los piqueros atraviesen rápidamente por entre los escudados y se coloquen delante de ellos, maniobra más breve y ocasionada á menos desorden que la de hacer volverse á todo el batallón. Esto deben hacerlo todos los batallones que queden á la espalda, cualquiera que sea la forma del ataque, según os demostraré.

Si el enemigo viene por la espalda, lo primero que se hace es un cambio de frente, y de este modo la cabeza queda convertida en cola y la cola en cabeza. En seguida se ejecutan todas las maniobras antes explicadas para el orden de batalla. Cuando el enemigo ataca por el flanco derecho es preciso que todo el ejército se vuelva de este lado, que se convierte en frente, el cual se refuerza en la forma que ya hemos dicho, de modo que la caballería, los vélites y la artillería ocupen los puestos que les están designados en el frente de batalla. La única diferencia en este cambio de frente es que, de las

fuerzas que se trasladan, unas tienen que marchar más de prisa y otras menos, según su posición. Cuando el ejército convierte en frente el flanco derecho, los vélites de la cabeza más próximos al flanco izquierdo, son los que deben situarse entre los extremos de la línea de batalla y la caballería, y les reemplazarán las dos banderas de picas extraordinarias situadas en el centro del cuadro; pero antes se harán salir de éste los bagajes, pasando á retaguardia del flanco izquierdo, convertido en cola del ejército. Los demás vélites que en la primera disposición de las fuerzas estaban á la espalda, en el caso actual no cambian de posición, para que no quede desguarnecido el lado que ocupan, que, de cola, se convierte en flanco derecho. Todas las demás maniobras son iguales á las ya explicadas.

estos ejercicios son necesarios y precisa que el general y los jefes y oficiales los hagan ejecutar con frecuencia.

La disciplina militar consiste en saber mandar y ejecutar estas cosas, y se llama ejército disciplinado al que practica bien tales maniobras. El ejército que en la actualidad usara esta disciplina sería invencible. La formación cuadrada que he explicado es algo más difícil que las otras maniobras, pero precisa practicarla con frecuentes ejercicios, y á las tropas que se habitúen á ella le resultarán fáciles todas las demás maniobras.

Zanobi.—Creo, como vos, que esta organización es necesaria, y nada he de añadir ni quitar á vuestro razonamiento; pero deseo saber dos cosas: una, si cuando tenéis que convertir en frente de batalla el flanco ó la retaguardia, y los batallones tienen que volverse, ordenáis la maniobra de viva voz ó con los trompetas; y otra, si los que hacéis ir delante para allanar el camino al ejército deben ser soldados de los batallones ó trabajadores de los que se ocupan en estas humildes tareas.

Fabricio.—Vuestra primera pregunta es muy importante, porque muchas veces las órdenes del general, mal entendidas ó mal interpretadas han causado la derrota de su ejército, y es preciso que durante la acción sean claras y precisas. Si se dan con las trompetas los toques, deben ser tan distintos unos de otros, que no se puedan confundir; y si de viva voz, se evitará emplear frases de sentido general que se presten á erróneas interpretaciones, expresando con las palabras más propias ideas concretas. Muchas veces decir: *atrás, atrás*, ha sido bastante para desorganizar un ejército. No se debe, por tanto, emplear esta palabra, sino la de *retiraos*. Si queréis cambiar el frente por el flanco ó la retaguardia, no decid *volveos*, sino *á la izquierda, á la derecha, por retaguardia, por el frente*. De igual modo las demás órde-

nes han de ser sencillas y precisas, como: *estrechad filas, quietos, firmes, adelante, vuelta á la derecha, vuelta á la izquierda*, mandando de viva voz cuanto sea posible, y lo demás con las trompetas.

Respecto á los gastadores á que se refiere vuestra segunda pregunta, emplearé en abrir camino á mis propios soldados, no sólo porque así se hacía en los ejércitos antiguos, sino también porque haya en el ejército la menos gente posible desarmada y la menor impedimenta; sacando de cada batallón la gente necesaria para que, con las herramientas propias, hagan las explanaciones. Sus armas quedarán á cargo de los que ocupen las filas inmediatas, recobrándolas y volviendo á sus puestos al aproximarse el enemigo.

Zanobi.—¿Quién llevará las herramientas para las explanaciones?

Fabricio.—Los carros destinados á este objeto.

Zanobi.—Temo que no pudierais emplear en estos trabajos á los actuales soldados.

Fabricio.—Ya hablaré de esto oportunamente. Por ahora quiero pasar á otro asunto, explicando el modo de vivir del ejército, pues me parece que, después de fatigarle tanto, sea ya tiempo de que descanse y coma. El príncipe debe organizar su ejército de manera que esté lo más expedito posible, prescindiendo de toda carga inútil y de cuanto pueda estorbarle las operaciones. Una de las mayores dificultades es tener provisto al ejército de vino y pan cocido. En la antigüedad no les precuba el vino, porque si no lo tenían, mezclaban al agua algunas gotas de vinagre para darle sabor, de modo que entre las provisiones indispensables del ejército se contaba el vinagre, y no el vino. No cocían el pan en hornos, como se cuece en los pueblos, sino llevaban la harina y cada soldado la preparaba á su gusto, condimentándola con tocino y manteca de cerdo, que

daba al pan sabor y lo mantenía tierno. Las provisiones militares eran, pues, harina, vinagre, tocino y manteca de cerdo, y para los caballos, cebada.

Seguían á las tropas algunos rebaños de reses mayores y menores, que, caminando por su pie, no causaban impedimento. De esta manera marchaba un ejército en la antigüedad muchos días por comarcas des pobladas y difíciles, sin sufrir escasez de víveres, porque se alimentaba con los que fácilmente podía llevar consigo.

Lo contrario sucede en los ejércitos modernos, que, no queriendo privarse del vino y deseando los soldados comer pan cocido, como cuando están en sus casas, de lo cual no se puede hacer gran provisión anticipadamente, quedan con frecuencia sin víveres ó se les provee con gran trabajo y enormes gastos. Mi ejército no tendría, por tanto, víveres de esta clase, ni comería otro pan que el cocido por él mismo. En cuanto al vino, no prohibiría que se bebiera, ni que lo llevaran en el ejército, pero no haría nada por tenerlo; y respecto á las demás provisiones, me atendería á las costumbres antiguas. Si consideráis atentamente estas reformas, veréis cuántas dificultades evita; de cuántas molestias y trabajos libra al ejército y al general, y cuán cómodamente podrán éstos realizar todas sus empresas.

Zanobi.—Hemos vencido al ejército en batalla campal y caminado después por sus tierras. Es, pues, natural que hayamos cogido botín, impuesto contribuciones á los pueblos, hecho prisioneros, etc. Quisiera saber lo que en la antigüedad se hacía en tales casos.

Fabrizio.—Vais á saberlo. Ya os he dicho anteriormente que las actuales guerras empobrecen lo mismo á los vencedores que á los vencidos, porque éstos pierden sus Estados y aquéllos su hacienda y sus recursos. No sucedía así en la antigüedad, pues entonces la gue-

rra enriquecía siempre al vencedor. Nace la diferencia de no tener ahora cuenta del botín, dejándolo á la discreción de los soldados, cosa que produce dos grandes males: uno el que acabo de decir; otro, hacer á los soldados más codiciosos de presas que observadores de la disciplina, viéndose muchas veces que la codicia del botín es causa de perder la batalla.

Los romanos, mientras sus ejércitos fueron modelo de todos los demás, evitaron ambos inconvenientes ordenando que todo el botín perteneciese al Estado, el cual lo repartía en la forma que estimaba conveniente. Para esto llevaban en los ejércitos los *cuestores*, que equivalían á nuestros tesoreros, quienes recaudaban el botín y las contribuciones impuestas á los vencidos, con cuyo producto daba el cónsul la paga ordinaria á los soldados, atendía á los gastos de la curación de heridos y enfermos y á todas las demás necesidades del ejército. Facultado estaba el cónsul, y lo hacía algunas veces, para conceder algún botín á los soldados; pero esta concesión no producía ningun desorden, porque, derrotado el ejército enemigo, se amontonaba el botín y distribuíase después conforme á la graduación de cada uno. Con este sistema los soldados procuraban vencer y no robar.

Las legiones romanas rechazaban al enemigo y no le perseguían, porque jamás se desordenaban: la persecución quedaba á cargo de la caballería ligera y de los demás soldados que no eran legionarios. Si el botín se hubiese dejado al primero que lo cogiese fuera imposible y hasta injusto mantener ordenadas las legiones y, de no estarlo, se exponía el ejército á grandes peligros. Consecuencia de este sistema era que el Estado se enriqueciese y que cada triunfo de los cónsules aumentara el tesoro público con el botín y las contribuciones impuestas al enemigo. Otra buena institución de los ro-

manos era que cada soldado tuviera obligación de dejar la tercera parte de su sueldo en poder del abanderado de su cohorte, la cual no se le devolvía hasta terminada la guerra. Hacían esto por dos motivos: uno para que los soldados formaran capital con su sueldo, porque siendo en su mayoría jóvenes é imprevisores, cuanto más tienen más gastan innecesariamente; otro porque sabiendo que su capital estaba junto á la bandera, la defendiera con gran empeño y obstinación. De tal modo conseguían que fueran económicos y valientes. Todo esto convendría restablecerlo si se quisiera que reviviesen las buenas costumbres militares.

Zanobi.—Considero casi imposible que en la marcha de un ejército por país enemigo dejen de ocurrirle accidentes peligrosos, los cuales exijan, para vencerlos, el talento del general y el valor de los soldados. Si os ocurre alguno, os agradeceré que nos lo digáis.

Fabricio.—Con mucho gusto, máxime siendo necesario hablar de ello al dar nociones completas del arte militar. Deben los generales, cuando llevan su ejército por tierra enemiga, guardarse especialmente de las emboscadas, en las cuales se cae de dos maneras: ó caminando descuidado ó dejándose atraer por la astucia del enemigo, sin prever su intención. En el primer caso, para librarse de ellas es necesario llevar 'dobles avanzadas que exploren el terreno, siendo esta precaución tanto más necesaria cuanto el país sea más á propósito para las emboscadas, como sucede en las comarcas selváticas ó montuosas, pues hay que andar por bosques ó desfiladeros. Una emboscada imprevista puede perderos, pero, prevista, no ofrece peligro alguno. Los pájaros y el polvo sirven muchas veces para descubrir al enemigo, pues cuando venga en vuestra busca, la polvareda que levante os indicará su aproximación. Muchas veces por ver un general que en el sitio por donde

ha de pasar vuelan palomas ú otras aves de las que van en bandadas, circulando en el aire sin pararse en ningún sitio, conoció la emboscada del enemigo, y, enviando fuerzas delante, se libró de ella, derrotándole.

En el segundo caso, ó sea en el de ser llevado á la emboscada por la astucia del enemigo, se debe cuidar de no dar crédito á lo que no es verosímil; por ejemplo, si el enemigo os ofreciese una presa, ocultando en el cebo el anzuelo; si, siendo muy superior en número, retrocede ante una fuerza inferior; si, al contrario, envía escasas fuerzas contra otras considerables. En todos estos casos es de temer el engaño, pues nunca debe creerse que el enemigo no sepa hacer lo que le conviene. Para no equivocarse y temer lo menos posible sus ardides, conviene estar más sobre aviso cuanta mayor debilidad é imprevisión manifieste. En tales casos es probable el peligro y se han de disponer las cosas para evitarlo, alardeando al mismo tiempo con las palabras y demás actos exteriores de desprecio al enemigo; de esta suerte evitáis el riesgo é infundís á vuestros soldados confianza en la victoria.

Ha de tenerse en cuenta que, al caminar por país enemigo, son mayores los riesgos que al dar una batalla; por eso el general, á medida que avanza, debe redoblar las precauciones. Le son necesarios mapas del país que atraviesa que le den á conocer los pueblos, su número y distancia, los caminos, los montes, los ríos, los pantanos y todos los demás accidentes del terreno. Para el perfecto conocimiento de tales cosas, tendrá junto á sí, con diversos títulos, hombres de distintas clases, conocedores de la comarca, á quienes preguntará cuidadosamente, comparando sus respuestas, y consignará los datos en que estén conformes. Debe enviar avanzadas de caballería y con ellas oficiales hábiles, no sólo para descubrir al enemigo, sino para explorar el país y

saber si los informes que de él tiene son exactos. Llevará consigo guías, guardados con buena escolta, prometiéndoles premiar su fidelidad y castigar su perfidia; y procurará sobre todo que el ejército no sepa á qué expedición se le conduce, pues nada hay más útil en la guerra que ocultar los proyectos. A fin de que un ataque repentino no desordene el ejército, conviene llevarlo siempre dispuesto á combatir, porque los sucesos previstos son menos dañosos.

Muchos generales, para impedir la confusión en las marchas, repartieron los bagajes, y desarmados, poniéndoles junto á las banderas y ordenándoles que sigan á éstas, de modo que si, durante la marcha, es preciso detenerse ó retirarse, pueda hacerse con mayor facilidad. Esto me parece útil y merece mi aprobación. Hay también que cuidar de que una parte del ejército no se aparte de otra durante la marcha, ó que por andar unos de prisa y otros despacio, se alarguen y debiliten las líneas de formación, pues tales cosas desordenan el ejército. Los oficiales irán á los flancos para mantener la uniformidad del paso, conteniendo á los que caminen de prisa y haciendo avanzar á los que vayan despacio. Como mejor se regulariza el paso es con los toques de trompetas. Se ensanchará el camino para que, en todo caso, pueda marchar un batallón formado.

Conviene tener en cuenta las costumbres y las condiciones del enemigo; si prefiere atacar por la mañana, ó al mediodía, ó por la tarde, y si su mayor fuerza consiste en infantería ó caballería, y tomar las disposiciones con arreglo á lo que de esto se sepa.

Pero tiempo es ya de hablar de los accidentes que pueden ocurrir en las marchas.

Sucede á veces que, teniendo delante al enemigo, no quiere un general dar una batalla por juzgarse inferior en fuerzas y emprende la retirada, siguiéndole el con-

trario; pero llega á orillas de un río sin tiempo para pasarlo, y el enemigo puede alcanzarle y batirle. Algunos, al encontrarse en este peligro, han abierto una zanja detrás del ejército, llenándolo con hierbas secas y malezas é incendiándolas, pasando después el río con todo su ejército sin que pueda impedirlo el enemigo, detenido por el fuego de la zanja.

Zanobi.—Cuéstame trabajo creer que tal fuego pueda detener al enemigo, máxime habiendo oído que el cartaginés Hannón, perseguido por los enemigos, llenó de leña y maderos el lado por donde quería operar su retirada y los incendió; los enemigos no creyeron necesario guardar aquella parte, y entonces hizo pasar su ejército sobre las llamas, ordenando á los soldados que se taparan la cara con el escudo para defenderse del fuego y del humo.

Fabricio.—Es cierto; pero considerad la diferencia que hay entre lo que he dicho y lo hecho por Hannón. He dicho que abriría una zanja y la llenaría de materias inflamables, de suerte que el paso lo impedirían el foso y el fuego. Hannón puso el fuego sin foso, y, como quería pasar sobre él, no lo pondría muy grande. ¿No recordáis que el espartano Nabis, situado en Esparta por los romanos, cuando éstos habían entrado ya en la ciudad incendió parte de ella para impedirles el paso, y mediante aquellas llamas, no sólo les detuvo, sino les rechazó fuera de la plaza?

Pero volvamos á nuestro asunto. El romano Quinto Lutacio iba perseguido por los cimbrios, y al llegar á un río, para que el enemigo le diera tiempo á pasarlo, fingió querer dar batalla y disponer allí su campamento, é hizo abrir los fosos, armar algunas tiendas y hasta envió fuerzas de caballería ligera para merodear por los campos inmediatos. Creyeron los cimbrios que iba á acampar y acamparon ellos también, dividiéndose en

diferentes cuerpos para proveerse de víveres. Aprovechó Lutacio esta circunstancia para pasar el río sin que el enemigo lo impidiera. Algunos generales, no teniendo puentes para el paso de un río, han variado el curso á parte de sus aguas, haciéndolas correr por donde ya habían pasado y, quedando más bajas las del antiguo cauce, pasaron sin dificultad. Cuando la corriente es rápida, para que la infantería pase con mayor seguridad, se sitúan en la parte superior al paso los caballos más fuertes, que con sus cuerpos detienen el impulso del agua, y otra fuerza de caballería inferior para que salve á los soldados arrastrados por la corriente. Los ríos que no son vadeables se pueden pasar con puentes, barcas ú odres. El ejército ha de llevar lo necesario para todas estas operaciones.

Ocurre algunas veces que impide pasar un río el enemigo, situado en la orilla opuesta. Para vencer esta dificultad, el mejor ejemplo que puede seguirse es el de César que, teniendo su ejército en la margen de un río de la Galia é impidiéndole el paso el galo Vercingétorix, situado con sus tropas en la orilla opuesta, recorrió durante varios días la margen del río. Lo mismo hizo el enemigo para observar sus movimientos; pero César acampó sus tropas en un sitio cubierto de bosques á propósito para esconder á sus soldados; sacó de cada legión tres cohortes y las hizo permanecer en aquel terreno, ordenándoles que, tan pronto como él se ausentara, echasen un puente sobre el río y lo fortificaran, y con el resto de su ejército continuó el camino. Vercingétorix, que veía el mismo número de legiones, creyó que no quedaba fuerza alguna á la espalda, y siguió por la margen que ocupaba del río el movimiento de las tropas de César; éste, cuando juzgó que el puente estaba ya construído, retrocedió rápidamente y pasó por él sin dificultad.

Zanobi.—¿Hay medios de conocer los vados?

Fabricio.—Sí. Cuando en el río, entre el agua estanca y la corriente se forma al parecer una raya ó línea, hay menos fondo y puede ser vadeado mejor que por otras partes, porque en los sitios de remanso dejan las aguas la mayor cantidad del sedimento que arrastran. Como esto se ha probado muchas veces, resulta evidente.

Zanobi.—Si ocurriera que el vado se hubiese hundido de modo que los caballos no pudieran hacer pie, ¿qué recurso quedaría?

Fabricio.—Se hace un emparillado con maderos; colócase en el fondo del río, y sobre él se pasa. Pero continuemos nuestra explicación.

Si sucede que un general se mete con su ejército por un desfiladero y sólo tiene dos caminos para salvarse, el que sigue ó el que ha seguido, ocupados ambos por el enemigo, haga, como remedio á su situación, lo que ya se ha hecho en tiempos pasados, y consiste en abrir á retaguardia del ejército un ancho foso difícil de salvar, para demostrar al enemigo el deseo de contenerle por aquella parte, y, segura la retaguardia de ser atacada, amenace con toda la fuerza por el camino que hay hacia adelante. El enemigo acudirá á la parte abierta del desfiladero y abandonará la cerrada por el foso; entonces se echa sobre éste un puente dispuesto de antemano, y por él pasa el ejército encerrado en la angostura, sin impedimento alguno, librándose de las manos de sus contrarios.

El cónsul romano Lucio Minucio estaba en Liguria con el ejército y se dejó encerrar entre unos montes, de donde, rodeado de enemigos, no podía salir. Para librarse de aquel peligro envió hacia los pasos guardados por los enemigos algunos soldados de caballería de la Numidia que llevaba en su ejército, mal armados y

montados en caballos pequeños y flacos. Al presentarse, se prepararon los enemigos á defender el paso; pero cuando vieron lo desordenada y, según ellos, mal montada que iba aquella tropa, la despreciaron y descuidaron la guarda. Advertido por los numidas espolearon sus caballos, y, cargando con ímpetu sobre los enemigos, pasaron sin que pudieran éstos impedirlo. Desparramados por la comarca y arrasando y robando el país, pronto obligaron á los ligurianos á dejar libre salida al ejército de Minucio.

Algún general, atacado por multitud de enemigos, concentró sus fuerzas, dejándose rodear, y acometiendo después con ímpetu por el punto más débil de las contrarias, abrióse paso y salvó su ejército.

Advirtió Marco Antonio en su retirada delante de los parthos que éstos le atacaban todos los días al amanecer, cuando se ponía en marcha, acosándole durante todo el camino, y determinó no moverse hasta el medio día. Creyeron los parthos que no iba á levantar el campamento el primer día que tomó tal determinación, y se retiraron á sus puestos, por lo cual pudo Marco Antonio caminar dicho día sin ser molestado. El mismo general, para librar á sus soldados de las flechas de los parthos, dispuso que, cuando éstos atacaban, se arrojara la primera fila de las legiones, la segunda ponía sus escudos sobre las cabezas de los soldados de las primeras, la tercera sobre los de la segunda, la cuarta sobre los de la tercera, y así sucesivamente. Todo el ejército quedaba como bajo un techo que le protegía contra las flechas enemigas.

Esto es cuanto me ocurre decir de lo que puede suceder á un ejército en marcha, y, si no me hacéis observaciones, pasaremos á otro asunto.

LIBRO SEXTO

SUMARIO

Campamentos de los griegos y de los romanos.—Deben imitarse en parte los de los romanos.—Descripción del campamento que el autor propone.—Por qué debe haber determinadas distancias entre las calles y los espacios del campamento.—Uso que debe hacerse de los espacios.—Ingenieros de los campamentos.—Estacadas de los romanos: no deben hacerse, y si sólo fosos y parapetos.—Manera de hacer los campamentos en la proximidad al enemigo.—Guardia ó centinelas del campamento.—Cuidado con que debe observarse quién sale y quién entra de nuevo en él.—Castigos y recompensas entre los romanos.—Los mismos soldados eran ejecutores de los primeros.—Hacían jurar á los soldados la observancia de la disciplina.—Prohibían en los campamentos las mujeres y los juegos.—Manera de levantar el campamento.—Preceptos de los romanos para acampar; que el sitio fuera sano; que no lo pudiera cercar el enemigo.—Cómo se conserva la salud en el ejército.—De los víveres.—Cómo acampa el ejército cuando excede del número ordinario.—El ejército no debe pasar de cincuenta mil soldados.—Ejemplos griegos y romanos.—Manera de engañar á las ciudades sospechosas y á los espías interiores.—Secreto que debe guardarse en los movimientos.—Diversos modos de conocer los secretos de los enemigos.—Escaramuzas; cuándo deben hacerse.—Ejército sitiado en el campamento; cómo debe entretener al enemigo y salvarse.—Ejemplos de capitanes célebres.—Cómo se dividen las fuerzas del enemigo.—Cómo se apaciguan las sediciones y discordias entre los soldados.—Lo que más sirve para estos casos es la fama del general.—Augurios.—Cómo se aprovechaban en la antigüedad.—Determinaciones y estratagemas para engañar y vencer al enemigo.—De cómo se asegura el general de las poblaciones sospechosas y gana en su favor á los pueblos.—Es peligrosísimo guerrear en invierno, y debe evitarse.

Zanobi.—Puesto que vamos á variar de asunto, creo que Bautista debe encargarse de lo que yo hago, imi-